

IMÁGENES BONAERENSES A TRAVÉS DE UN DESCONOCIDO RELATO DE VIAJERO DECIMONÓNICO

Julio A. Morosi

RESUMEN

El presente trabajo se refiere a un relato de viajero decimonónico, hasta hoy desconocido en nuestro país. El personaje en cuestión, Georg von Alfthan, era un senador y noble finés que recorrió parte de nuestro país y provincia entre fines de 1886 y comienzos de 1887. Una muestra de sus comentarios acerca de nuestra realidad de entonces, que resultan valiosos y atractivos, se acompaña en traducción del autor del artículo.

Palabras claves: *Argentina - relato - viajero finés - decimonónico.*

En la primavera y verano 1886-1887 un visitante proveniente de lejanas tierras recorrió en ferrocarril y a caballo parte de la pampa y particularmente el sector de la misma que corresponde a la provincia de Buenos Aires.

Ese visitante, tras regresar a su patria, publicó en idioma sueco y bajo el seudónimo Don Anónimo, una interesante descripción del viaje, que a mi leal saber nunca ha sido traducida a nuestro idioma. Su relato se llamó: "Una excursión a las antípodas. Recuerdos de viajes dispersos".

El viajero en cuestión fue un destacado militar y político finlandés, Georg von Alfthan. Nació el 26 de octubre de 1828 en Viborg, falleció en Helsingfors el 4 de febrero de 1896. Cursó sus estudios en la escuela para cadetes de Fredrikshamn y completó su formación castrense en la Academia de Guerra de San Petersburgo, de la que egresó en 1850. Recordemos que Finlandia se hallaba incorporada entonces, como Gran Ducado, al Imperio Ruso.

Durante la guerra de Crimea participó de la defensa de Sveaborg (1854-1855) y dirigió luego las tareas de relevamiento topográfico militar de Finlandia (1856-1858). En conexión con estas últimas publicó en ruso los trabajos titulados "Datos para una estadística de Finlandia" (1859) y "Carta de las rutas de Finlandia" (1862).

Por esa época, en que había alcanzado el grado de coronel y era jefe del estado mayor de la tercera división del ejército de Finlandia, inició su carrera dentro de la administración civil de su país. Así en 1862 fue designado gobernador de la provincia de Uleaborg, pasando luego, en 1873, a ocupar igual cargo en la de Nyland.

Su habilidad y capacidad como gobernante fue rápida y ampliamente reconocida, en particular durante su período en Uleaborg, donde desplegó una brillante acción para paliar las

hambrunas causadas en la región por las malas cosechas de los años 1867 y 1868. Las preferencias de su acción de gobierno cubrieron un amplio espectro, que se extendió desde el desarrollo de las vías de comunicación, particularmente los ferrocarriles y canales, hasta los problemas de consolidación del sistema municipal y los correspondientes a la educación popular.

Sus méritos hicieron que en 1866 se le confiera un título de nobleza y que en 1879 se le ascendiese a general. En 1886 se le acordó un título nobiliario de mayor jerarquía (friherre) en su país y se incorporó al Senado de Finlandia como miembro de la Comisión de Economía. Fue entonces que viajó a Uruguay y Argentina, de igual modo que previamente lo había hecho hacia Estados Unidos. A su regreso dirigió, a partir de 1888, la Comisión de Agricultura del mismo Senado y desde 1892 la de Comunicaciones, siendo además miembro destacado de diversas comisiones de ese organismo legislativo y participando de varias conferencias ruso-finesas, que se hicieron corrientes a partir de 1890.

De tal modo no puede suponerse que su viaje a la Argentina haya sido improvisado. De la lectura de su relato se desprende que el mismo había sido cuidadosamente preparado ya que hace referencia, por ejemplo, a uno de los libros de viajeros publicados por los ingleses que habían recorrido el país algunas décadas antes. Por otra parte conviene señalar que dominaba seis idiomas y tenía nociones de español.

Su objetivo debió ser la exploración de las condiciones para establecer relaciones comerciales y para dirigir parte de la emigración finlandesa hacia nuestro país. Como se deduce de los comentarios insertos en su obra dichas condiciones no aparecieron, a los ojos del visitante, como despreciables. Sin embargo la historia nos confirma que dicha vinculación y emigración se en-

caminó básicamente hacia los Estados Unidos.

Su publicación comprende una brevísimas introducción y diez capítulos: I: Alejarse de la patria una vez más. Copenhague, Bruselas, Londres; II: Vida en el océano; III: Oasis en el desierto marino: Madeira, Tenerife, San Vicente; IV: Montevideo; V: Buenos Aires y las condiciones de la Argentina; VI: Viajes en ferrocarril y a caballo por la Pampa. Escandinavos en Tandil y menonitas en las proximidades de Azul; VII: Patagonia, tierra ignota; VIII: Variadas noticias e informaciones acerca de los estados del Plata; IX: Un corto resumen de la historia de las luchas de la liberación de los países sudamericanos; X: Algunas palabras acerca de la relación entre lejanas tierras y nuestra patria.

Hemos creído de interés difundir algunos aspectos del relato de viajero de von Alfthan. Hemos traducido, como una muestra del mismo, una sección del capítulo VI, que expone algunas de las reacciones del visitante ante el paisaje pampeano, así como ante los usos y costumbres de sus habitantes. Son particularmente atractivos sus comentarios acerca de esos aspectos, "exóticos" para él, de la realidad argentina de entonces. Si exceptuamos algunos justificables errores de apreciación debidos a las dificultades emergentes de las enormes diferencias culturales que median entre la sociedad finlandesa y la nuestra de aquella época, es posible descubrir una aguda capacidad de observación y percepción. Deben destacarse, por ejemplo, sus comentarios vinculados a los conflictos gaucho-emigrante y gaucho-nuevas técnicas de explotación agraria. De igual modo aquellos que se refieren al ordenamiento del flujo migratorio y a la propiedad de la tierra frente al arrendamiento de la misma por parte del gobierno.

Esperamos que esta muestra despierte el interés por conocer la totalidad del relato de Alfthan. Para ello aquí dejamos que el lector acompañe imaginariamente al viajero solitario en su excursión por la llanura bonaerense.

Una excursión ecuestre a la Pampa (N.T.: de Tandil a Azul)

No nos desplazamos a través de una bella, romántica comarca. Tampoco a lo largo de un caudaloso río tropical bordeado de vegetación exuberante y de magníficos escenarios. Cabalgamos sobre un inmenso mar de hierba. Pero del mismo modo que nos engañamos si creemos que el océano es sólo un desierto monocorde de agua, erramos si nos imaginamos que las cabalgatas en la Pampa son aburridas.

Ello dependerá, empero, de la naturaleza y la capacidad de percepción de cada uno.

A la distancia divisamos aquí y allá ranchos de adobe encalados y con cubiertas de paja, rodeados de bosquecillos, sobre las ondulaciones del terreno de suave pendiente. Por doquier se alzan montículos, que las vizcachas arrojan al camino de personas y bestias, con pequeñas lechuzas posadas como centinelas en sus cimas.

Un río serpentea escurriendo lentamente hacia un bajo pantanoso en el que se desplazan muchas grandes aves zancudas. Perdices y martinetas alzan vuelo a cada minuto entre los altos pastos para rápidamente posarse una vez más en los mismos.

Incontables rebaños pastan en la más fresca hierba y una tropilla de caballos galopa más rápido que el viento sobre el camino que corre a lo largo de los postes de las líneas telegráficas. Algunas aves de rapiña vuelan agitando sus alas por sobre una balante manada de muchas ovejas. El sol arroja, sobre todo ese paisaje, una luz deslumbrante y el resplandor de la luna crea las sombras más ricas en matices.

La Pampa no se desarrolla en modo alguno en una única superficie plana sino que lo hace en grandes ondas. Las muchas pequeñas lagunas y charcos crean a veces verdaderas cuencas y los lechos de los ríos barrancas escarpadas. En los ríos mayores se puede hallar inesperadamente una vista pintoresca que admite comparación con cualquiera de las finlandesas. Sin embargo, buscamos infructuosamente una sola piedra. ¡Qué campos arables para aquel párroco, gran agricultor, y que fácilmente drenables!

En la vecindad de las ciudades, colonias, grandes estancias y ríos importantes, son usuales los pequeños montes de sauces, acacias y eucaliptos. La mirada registra aquí y allá alineaciones extendidas en largas filas rectas de sauces o álamos, similares a las que crecen en los polders holandeses. Sin embargo, esta descripción se ajusta mejor al tramo desde Tandil, a lo largo de las sierras, hacia Pillahuinco y Bahía Blanca y, por sobre todo, a la misma Buenos Aires. Más hacia el oeste, hacia el "Territorio Nacional de La Pampa" y hacia el lago "Urre Lauquen", en el gran desierto, ya se exhibe otra apariencia. Allí sólo se pueden observar centenares de kilómetros de estepa, cuando ésta no alterna con bosques de pinos patagónicos de poca talla. La tierra es ininterrumpidamente fértil, si bien está cubierta en todas partes por una ligera capa de arena.

Permito a mi caballo que paste un momento, mientras como algunos sandwiches que riego con un poco de agua de un charco de la Pampa. Para beber el agua de la Pampa, con excepción de aquella de los grandes ríos y lagunas, debe llevarse consigo un pequeño filtro. Este es muy sencillo, consiste en un cuerpo de carbón y un tubo para succionar, inserto en el mismo. Los ranchos, estancias y colonias poseen excelentes pozos perforados a gran profundidad.

Cuando detuve el rápido galope de Doradillo para observar los juegos crepusculares de la vizcacha en una de sus grandes colonias, el sol se apoyaba como un rojo disco ardiente sobre el horizonte. Tan pronto como se hundió el sol bajo el horizonte de la Pampa, dejando sus reflejos crepusculares entre los tallos de los pastos, muchas pequeñas lechuzas asoman por los agujeros de los montículos. Las pequeñas lechuzas -Pholeantyx- caminan a pasitos menudos en todas direcciones, giran sus cabezas y emiten un chillido ronco. El crepúsculo avanza y los pobladores de las vizcacheras salen uno a uno y se ubican sobre sus cuevas, adoptando una actitud expectante. A mi alrededor brillan sus ojos inteligentes, en tanto rascan sus cuerpos con las patas delanteras. Las vizcachas semejan híbridos de liebre mayor y castor. El salto y la forma de la cabeza de las vizcachas -del género Sesleria- recuerdan efectivamente a los de la liebre, pero su pelaje se parece al del castor. Su pariente norteamericano, Sesleria dactyloides, tiene en realidad algo más de perro -se lo llama también perro de las praderas- e hiberna, lo que, por el contrario, no es el caso de la vizcacha.

Puesto que en la noche una suerte de gran zorro o lobo y en ocasiones también el poderoso puma merodea en torno a las vizcacheras, consideré que lo más aconsejable era sentar mis cabales a cierta distancia de ellas para pasar la noche. Aunque dichos animales de presa parecieran haber sido exterminados, en estas comarcas es necesario cuidarse y evitar en todo lo posible tanto ser desgarrado, mordido como apuñalado. Esa eventualidad me había impulsado a alojarme con el cielo estrellado como techo y con la montura como almohada hasta tanto me familiarizase con las circunstancias locales.

Esta primera noche a campo abierto estaba, sin embargo, tan inquieto que no pude conciliar el sueño. El caballo pastaba, atado con el lazo al cuchillo clavado en el suelo. Permanecía sentado y acurrucado, cavilando en torno a muchas cosas entre el cielo y la tierra, aunque en especial sobre el brillante espectáculo de los gusanos de luz y luciérnagas que, por doquier, en el aire,

en los pastos y por el suelo, saltaban y volaban. Por momentos se podía creer que se estaba a punto de ser quemado por incontables chispas.

El frío de la madrugada y la propia impaciencia impulsaban, empero, a proseguir la marcha y pronto se escuchó, pues, el golpe acompasado de los cascos de Doradillo, en tanto su jinete cada quince minutos encendía una cerilla para observar la dirección de la aguja de su brújula. Aquella madrugada, por primera y última vez -los golpes enseñan- rodamos Doradillo y yo, las seis extremidades al aire, al caer en una vizcachera. Los nativos galopan sin molestias por la llanura, ya que su mirada penetrante advierte todos los detalles en su camino, allí donde alguien no habituado puede quebrarse su nuca muy fácilmente.

Apenas alzado el sol, Doradillo debió vadear un pantano interminable que tenía, en promedio, una profundidad de un par de alnas (N.T.: 1 alna = 0,594 m.), aunque el lodo del fondo a veces motivaba que el lomo del caballo y la superficie del agua se aproximasen amenazadoramente. Luego de que mediante los prismáticos pudiera descubrir tierra firme hacia el norte, allí nos dirigimos y pronto pudimos desplazarnos a buena velocidad en dirección al Río Chapaleufú y sus reflejos azulados a la distancia. Se trata de un río mayor a mitad de camino entre Tandil y Azul y que cuenta con un puente. Garzas y bulliciosos flamencos, pelícanos y grandes patos oscuros, que habíamos alarmado en el pantano, revoloteaban alto en el aire y ofrecían una vista singular con el azul del cielo como telón de fondo; un depurado efecto teatral.

La penumbra había caído cuando alcancé las riberas escarpadas del Chapaleufú. Río abajo creía distinguir algo que semejaba árboles y edificios. Acampé para pasar la noche sobre una losa pétreo que penetraba en el río -la única roca que había visto en tres días- y amarré el caballo con el lazo atado al cuchillo, del modo habitual en la Pampa. Me dormí profundamente pero desperté cuatro horas después, empapado por una espantosa tormenta. A campo abierto estos grandes y pequeños pamperos surgen y desaparecen en forma totalmente súbita e imprevista. El resplandor pálido del amanecer iluminó débilmente el horizonte cuando guiando a Doradillo a mi espalda, procuré alcanzar el puente, que había sido construido para la diligencia que circula una vez por semana entre Tandil y Azul.

Jamás una bagatela podría causar dificultad mayor que aquella a la que me vi sometido justamente cuando creía alcanzar el ahora totalmente visible "almacén". Se trataba de una taberna

gauchesca, asociada a una tienda de campo que, rodeada de frondosos nogales, acacias y sauces, estaba situada a algunos centenares de pasos tras el puente, en un meandro del río.

El asunto causante de tan gran disgusto fue uno de los alambrados que se alzan en la llanura, a medida que la civilización avanza y el derecho de propiedad se desarrolla. Las irregularidades del terreno impiden percibirlos hasta que se está demasiado cerca para reducir la velocidad antes de que, al instante siguiente, se haya dado una voltereta. Obviamente más hacia el interior de la Pampa estos alambrados no existen. Lo enojoso es que a veces encierran superficies bastante grandes. En aquellas circunstancias este alambrado fue obviamente la mayor de las molestias. Castañeteando los dientes y arrastrando a mi espalda el reacio animal, debí hacer un rodeo de 4 a 5 kilómetros. En tales ocasiones se ejercita el carácter y se aprende a tener paciencia. Estos alambrados son demasiado altos para saltarlos con el caballo. No nos atrevemos a cortarlos, en especial tan cerca de viviendas. Tampoco es aconsejable dejar solo al caballo un domingo por la mañana, aunque más no sea a unos pasos de distancia, puesto que se podrían perder fácilmente las pertenencias y la silla de montar inglesa que atraen mucho a los gauchos. En efecto, estos se trasladan los domingos temprano a la taberna, de igual modo que nuestros campesinos lo hacen a la iglesia y una silla de montar inglesa es, en consideración a la total ausencia de actividad industrial, tan cara como diez buenos caballos.

Cuando a plena luz del día llegué a esa propiedad rural, el lugar junto al monte que rodeaba al edificio ya estaba repleto de caballos atados. Desde el acceso se oía el canto y el sonido de guitarras desafinadas y de violines rajados. La Argentina está poblada por una raza, en su mayor parte, de origen hispano itálico, con fuertes componentes indios y hasta negros. Esta nación políglota cultiva tanto las virtudes como los pecados de sus antepasados. Sus habitantes son tan garbosos como los indios y tan musicales como las gentes del sud de Europa. Sin embargo, han conservado mejor su memoria de la plástica, ya que con la "armonía de los tonos" se manejan, por el contrario, totalmente al modo de los negros...

Los salvajes y los semicivilizados demandan entre ellos y, aún más del forastero, una extrema cortesía. Es realmente curioso que la cultura refinada tolere más. Sólo es necesario pensar en el tratamiento que la mayoría de nuestras señoras dispensan a sus criadas y todavía mejor

la de los señores para con los peones. Por ello, entré con el gran sombrero de paja en mano e hice ceremoniosas reverencias a derecha e izquierda. Buen número de figuras se sentaban en torno a grandes mesas de madera circulares y sin pintura. Los rostros eran de los más diferentes tipos, algunos blancos como la cal, otros rojos, varios casi negros, la mayor parte tostados por las inclemencias del tiempo y el viento.

La figura típica de esta nación de gauchos sería difícil de determinar. Los pequeños sombreros de fieltro negro parecían hallarse de moda. Todos vestían bonitas medias blancas y calzado de tela del mismo color con suela de esparto, chiripá o anchos pantalones de algodón, dril o cretona, así como el famoso poncho, un chal con un agujero para la cabeza, sobre los hombros. Cada uno porta su látigo de montar, rebenque, que se asemeja enteramente al "knut" de los cosacos, en su mano.

Luego de que semejante partida ha alcanzado su "quantum satis", ofrece un magnífico espectáculo verlos tratarse duramente con los rebenques hasta que el salón queda vacío, sin que el tabernero haya tenido que molestarse en expulsarlos. Menciono esto tan sólo de oídas puesto que, afortunadamente, nunca he asistido a tal "fiesta juvenil".

En un rincón se sentaban los virtuosos del violín y la guitarra, a los que hemos hecho mención y en medio del salón algunos individuos realizaban grotescos brincos.

Me acerqué con cautela al tabernero que, con calma imperturbable, permanecía tras su reja despachando mercancías, en tanto un dependiente atendía mecánicamente el servicio de despacho de bebidas.

El comercio rural en la Pampa se desarrolla bajo otras condiciones que las que ocurren hasta en África, donde la apacibilidad de los negros constituye una cierta garantía.

La tienda está separada mediante una reja del local más o menos grande en que permanecen los clientes. En mi excursión a caballo durante un par de semanas vi solamente una excepción y ella ocurría en la colonia menonita rusa, pero aún allí, el comerciante tenía, pese al conocido "pacifismo" de los menonitas, un revólver en casi cada uno de los cajones bajo el mostrador.

Los taberneros chapurrean aquí en todos los idiomas, por lo que también prontamente pude hacerme entender y fui invitado a otra habitación para huéspedes -más distinguidos- que daba hacia el patio.

Luego de tomar un poco de "mate", comer un succulento plato de carne y secar mis ropas, hice un paseo por el bosquecillo bastante amplio que, con sus árboles plantados en filas, se extendía un buen trecho desde la "pulpería" a lo largo del río. El pasto crecía exuberantemente en la ribera, ornada por flores silvestres. Algunos gansos domésticos graznaron furiosos cuando traté de pasar, mediante un tablón, hasta un pequeño islote existente en medio del río, donde había visto algunos "cocodrilos" de un largo de un par de alnas (N.T.: 1 alna = 0,594 m.). Más tarde me informaron, sin embargo, que se trataba de una especie de grandes lagartos llamados "Tejú".

Regresé por otro sendero y vi entonces una serpiente que nadaba en el cauce del río, mejor dicho, vi su cabeza asomada por sobre el agua. La Pampa es, por cierto, rica en víboras y lo más prudente es evitar los cardales allí existentes, ya que esa planta espinosa cobija la muy temida "Crotalus horridus", que con frecuencia alcanza los 8 pies de largo. El medroso pero pérfido puma le hace, a veces, digna compañía.

Estaba dando de beber a mi Doradillo cuando vi elevarse el polvo a lo largo del camino frecuentado por las ruedas de los carruajes y las carretas que transportaban lino. Algunos carruajes y una partida de jinetes al galope se detuvo un instante después en las cercanías del puente y no lejos de la taberna.

Es posible imaginar mi sorpresa cuando advertí que los recién llegados eran escandinavos: daneses, noruegos y un sueco. Se trataba de algunos de los agricultores y arrendatarios que vivían a una diez leguas de allí, que con sus esposas e hijos realizaban "una excursión dominguera" al pintoresco Chapaleufú. Acogido hospitalariamente pasé momentos agradables en su amigable compañía.

El alma entre los excursionista era el Pastor L. L*, un danés verdaderamente afable, que había sido molinero. Era un hombre inteligente y me repitió varias veces: -"Aquí en tierras lejanas nosotros los escandinavos nos llevamos mucho mejor que en casa"- También me informó de que algunos finlandeses de Vasa estaban al servicio del arrendatario O. P* y que podría alcanzar la chacra de éste antes del anochecer.

Permanecimos sentados allí en el verde césped; comimos y bebimos exactamente como los vecinos de Helsingfors en las laderas de Kajsaniemi. Sin embargo, debíamos mantener un ojo fijo en los gauchos, quienes tal vez, no de muy mala gana, hubieran cambiado sus "recados" por buenas sillas de montar.

Nos fuimos tornando cada vez más alegres. El Pastor L. L* no mezquinaba el buen vino español y las señoras nos obsequiaban con café y auténticas tortas fritas. Los nombres de Tegner, Runeberg y Andersen eran puestos una y otra vez sobre el tapete y hasta fuimos y volvimos sobre el puente en una hilera de once hombres tomados de sus fuertes brazos y cantando marchas a pleno pulmón, la de Björneborg y todas las nórdicas posibles. A pesar de que cada uno guardaba en sí una "chispa" del alcohol, sin embargo, sabe Dios por qué, al fin el espíritu se sintió algo acongojado y, en razón de que nuestra animada chuscada parecía haber despertado la atención, nos separamos. El Pastor L. L* y su séquito iniciaron el regreso a sus casas y el suscripto continuó su galope en la dirección contraria, hacia el interior de Sudamérica, hacia los confines de la Patagonia.

Más arriba he empleado algunas veces la palabra arrendatario. Arrendatario es un vocablo digno de atención en las nuevas tierras. Ello se debe a que muchos emigrantes, en especial los escandinavos, cuyo número aquí apenas alcanza a mil, frente a los cien mil de Norteamérica, no desean adquirir tierras o tienen dificultades para ello. Esto ocurre puesto que para los mismos no se ha creado ninguna organización permanente en la que apoyarse o con la que consultar en Buenos Aires, al modo de las que existen allí para las demás naciones. Además, para la mayoría, la esperanza de poder regresar a casa con una fortuna se presenta como un espejismo. Aquí, los escandinavos que se han labrado una posición social elevada son todavía la excepción. Si prescindimos de las colosales firmas C*:sen y T*:qvist (N.T.: Christophersen y Törnqvist) en Buenos Aires, así como los prósperos P. L* en Tandil y O. P* en el interior de la Pampa, los casos en que los escandinavos han retornado a casa serían muchísimo más numerosos, por ejemplo V*:gel que, tras una vida aventurera con el viejo S. S*, vive ahora en Copenhague como millonario, el noruego R. O*, que había sido pescador, y otros. A algunos de los académicos al servicio del país tampoco los hemos incluido aquí, del mismo modo que no citamos a la rica cohorte que el azar, el espíritu aventurero o la codicia ha conducido aquí para que, frustrados en sus ilusiones o burlados por la suerte, murieran o, en el mejor de los casos, debieran alistarse en algún velero en la Boca.

El señor L. L* me manifestó repetidas veces durante la tertulia: "Con todo, para nosotros los escandinavos habría un campo dorado allá abajo en la Patagonia, en el caso de que fuéramos

muchos, nos radicáramos juntos y tuviéramos el necesario equipamiento, así como el apoyo desde nuestras patrias. Sin embargo, no estamos unidos y los prejuicios en nuestras patrias son demasiado grandes. ¿Cuál es la situación en la vieja camarada Finlandia? exclamó finalmente L. L -"Compadre"- pensé yo y callé prudentemente. Aquí las condiciones para los arrendatarios son además, en el presente, tan poco gravosas que parecerían sumamente redituables. O. P*, a quien visité más tarde, pagaba por el arrendamiento el equivalente a 500 marcos finlandeses y cosechaba por más de cincuenta mil de la misma moneda. No podría negarse que el gobierno en los últimos tiempos ha sido algo débil y que ha vendido enormes extensiones de tierra a grandes especuladores inmobiliarios privados, un procedimiento no totalmente legal. Sin embargo, aún se tienen más tierras que especuladores.*

Además entiendo que a esta altura debiera señalar que, en estos momentos, es un brillante negocio comprar tierras allá. Sólo un año más tarde es posible vender parte de ellas obteniendo un buen rédito, sin pensar, además, qué ganancia podría hacerse revendiéndolas un decenio más tarde.

Había cabalgado dando un rodeo, ya que, ciertamente, de otro modo podría haber alcanzado Azul antes de la caída de la noche. Luego de haber acampado tres noches en medio de la planicie, acabé, en cambio, en lo del amigo O. P, que había sido maquinista de un vapor sueco. Él no se encontraba en casa, pero su esposa, una mujer de origen vasco, de gran estatura, me recibió del modo más amigable. Luego de la cena confraternicé con los compatriotas de Vasa, dos jóvenes rubios de aspecto desenvuelto y de buenos modales. Estuvimos sentados y en una tranquila conversación hasta mucho más allá de la medianoche. Una media luna nos enviaba su melancólico resplandor y las luciérnagas danzaban como los ojos brillantes de brujas y duendes.*

Muchos podrán figurarse fácilmente de que hablamos: de un pueblo que "sufría frío, hambre y empero triunfaba" (N.T. conocida estrofa poética finlandesa), de la situación actual en nuestra patria, de la lucha por la vida aquí en una tierra foránea, etc. En cierto momento uno de los jóvenes de Vasa exclamó con ingenua franqueza:

-¡Podríamos pelear, por cierto, aunque nos hayamos marchado para no cumplir con el servicio militar!"-

-¡Pobres muchachos!", pensé yo.

Les respondí en broma: -"Sólo preocúpense por poder acertar el camino de regreso a casa".

Pasada la medianoche O. P, Esquire llegó a caballo a su casa. Fue un verdadero placer conversar con este experimentadísimo hombre honesto, que me proporcionó las más valiosas informaciones sobre este país.*

Luego de duras pruebas la suerte le había sonreído finalmente, ya que había ganado 400.000 francos en la lotería nacional. El billete lo había adquirido a un marinero por cinco nacionales en una taberna de Buenos Aires. Tres semanas después se sorteó su número y ahora se encontraba en mejor posición que muchos terratenientes nobles en Finlandia o en Suecia.

Pasamos la mañana siguiente estudiando las muchas diferentes máquinas que poseía para la explotación de su chacra. Me he ocupado del laboreo del agro allá en mi patria y también he estado en la zona de Chicago, pero hasta entonces no había conocido tan gran número de prácticas máquinas, en parte construidas por su propietario, para todas las necesidades imaginables. Ello era consecuencia, quizás, de que había sido maquinista de profesión. Sin embargo, -factum est-, el hombre atendía con la sola ayuda de su esposa y de los muchachos de Vasa un cultivo de trigo de unos trescientos acres. -"En el momento de máxima urgencia debo contratar, por cierto, personal auxiliar"- agregó O. P sonriente.*

Adiós, buen señor O. P y sus prometedores campos de trigo, muchas máquinas, pavos, faisanes y sentido práctico. ¡Ojalá te tuviéramos allá arriba en nuestro rincón, o mejor dicho ojalá tuviéramos cien mil figuras así!*

Proseguí la cabalgata a través de la ancha llanura, vadeando cursos de agua y lagunas henchidos tras la tormenta, cruzando carretas que marchaban lentamente tiradas por bueyes y cargadas de lino, y a veces innumerables hatos de caballos, vacunos, cerdos y ovejas. Comprobé que la comarca estaba más poblada ya que se presentaban, en mayor cantidad que en otros lugares, las blancas estancias con sus viales de eucaliptus así como los ranchos de adobe de los gauchos.

Era acosado por los "kuvitt-vidah" (N.T. Se refiere onomatopéyicamente a los teros) bastante atrevidos, una suerte de ave fría semejante a la especie africana Sorcophorus, algo menores que la corneja, pero mucho más descaradas. Donde quiera caiga una bestia se posan grandes aves carroñeras, caranchos o carracará.

Nos aproximábamos cada vez más al Timbuktú de las pampas: Azul. El día había estado nublado, pero un fuerte viento que

comenzó a soplar despejó las nubes y algo después, en la tarde, pude descubrir, finalmente, en la lejanía, el brillo de manchas blancas sobre el fondo verde. Eran las primeras casas de Azul y los montes que las rodeaban. Azul se halla comparativamente alto sobre la ribera de un río que corre hacia el norte y desemboca en una laguna, ubicada no lejos del río Salado.

Hice que chasqueara el rebenque y Doradillo aumentó su velocidad en proporción a ello. El agua de los charcos salpicaba y, aquí y allá, el "cimarrón" debía dar un atrevido salto para salvar los zanjones formados por la lluvia. ¡No debe ser ningún placer viajar con la diligencia semanal entre Tandil y Azul!

Grandes garzas en una pata y flamencos en dos, de plumajes coloridos, miraban sorprendidos agitando sus alas a nuestra espalda. Algunos gauchos ceñudos, sentados con sus mujeres frente a sus rústicas cabañas, por cierto no agitaban sus alas, pero en cambio cerraban sus puños. El sentido de su actitud era: el extranjero -el agricultor- es "saludado" por el nativo -el nómada- ya que, por cierto, no podían alcanzar a entender a un "pensador" viajando en soledad.

En algún lugar volveré sobre los gauchos pero aquí sólo deseo mencionar que, en los últimos tiempos, han adoptado una posición bastante hostil hacia los extranjeros, especialmente hacia los colonos establecidos. Ello tampoco debe sorprendernos, puesto que aquéllos, con más de nómada y de indio en sí, sienten que, paralelamente a la introducción de las máquinas cosechadoras y de los alambrados, se aproxima su desaparición. Es más fácil poner a trabajar a un indio de pura sangre que a un gaucho.

Si alguien tiene curiosidad por conocer con mayor precisión la mujer del gaucho, puedo emplear como referencia certera a las pobres mujeres de los labriegos en el límite entre Carelia y Rusia -con la diferencia, sin embargo, de que éstas pueden leer un libro y se lavan frecuentemente- dos ventajas que las mujeres del gaucho no poseen. Permanecen siempre en sus casas, si no han reemplazado al marido, padre o hermano en su tarea de cuidar el rebaño, en tanto ellos cabalgan hasta la taberna. Por lo demás son fieles esposas, orgullosas y valientes, cabalgan con elegancia y poseen, en general, todas las virtudes femeninas propias de los pueblos nómades.

Doradillo jadeaba fuertemente pero se veía alentado, por cierto, por el hecho de que ya no estábamos más en completa soledad, puesto que lecheros y vendedores de hortalizas cabalgaban a la par nuestra. No teníamos más el campo abier-

to a nuestra disposición ya que el camino corría entre cercos vivos, tras los que ondeaban al viento cultivos de maíz, trigo y avena.

Penetramos en la ciudad con los últimos rayos de sol, luego de haber poco menos que nadado vadeando el río desbordado. Las calles de Azul no están pavimentadas y por ello son muy fangosas, pero en los faroles brilla la llama del gas y oigo el silbido y el ruido del tren de cargas que marcha hacia Bahía Blanca.

El uno sudoroso y el otro tieso en sus extremidades caímos en el "Almacén de la Unión".

Azul es una comunidad en ascenso. Allí se encuentra todo lo posible. El Hotel de la Paz, por ejemplo, cuyo propietario es un francés que peleó en Sebastopol y que, por ello, ya ha podido saber que existe Finlandia a través de un oficial prisionero, "finés al servicio de Rusia", como se los llama. El Hotel de la Paz era de primera categoría y de igual modo la hija del propietario, una hermosa y adorable muchacha.

Monsieur St* de L* me aconsejó que visitara a la anciana pareja de quienes habían sido los marqueses P. K* y Espasa, que desempeñaban los cargos de rector y rectora del "Colegio de Señoritas" de la ciudad. No podría haberme dado un consejo mejor. Los ancianos señores y su encantadora hija de diecisiete años fueron los más amables y finas personas que yo hubiera visto en mucho tiempo. Que la verdadera fineza acompañe necesariamente a la exquisita amabilidad es más que seguro. "Noblesse oblige" no sólo para contribuir a la honra y el bienestar de la patria, para estar dispuesto a morir por ella, entre otras cosas, sino que la condición de noble obliga también a recibir a los conciudadanos y a los extranjeros con refinada amabilidad, como corresponde al corazón de una persona buena y fina. Es posible percibir y apreciar tal rasgo de la nobleza aún sin la presencia de un estrecho parentesco con el dinero y la ostentación superficial. El señor P. K* había nacido como marqués francés y comprendía su deber de honrar a su linaje.

Esa tibia noche de verano -de Diciembre- era delicioso poder sentarse, luego de una buena cena, en el espléndido jardín o patio del colegio, ubicado bajo una claraboya, con esta venerable pareja. En Argentina, tanto en Azul, Buenos Aires como en Tucumán, es frecuente ver esos patios provistos de claraboyas, medida de precaución tal vez ineludible en los patios de juego de las escuelas, puesto que el pampero crea nubes de tormenta con chaparrones con la misma rapidez con que ellas luego desaparecen. Las claraboyas están provistas de cortinas al modo

de los estudios de fotografía. Por otra parte, ello parecería haber inducido a uno de los singulares hijos de Albión, que visitara el país, la ocurrencia de anotar en su diario: “La principal ocupación de los habitantes es la fotografía”. Es posible desliz la claraboya mediante un ingenioso mecanismo, de modo que la lluvia pueda regar los árboles, flores y césped.

En medio del patio principal de la escuela se percibía el murmullo de una fuente en la que nadaban peces de color. La joven dama tocaba estupendamente el piano, la anciana marquesa relataba las vicisitudes de la familia, el marqués y rector describía las circunstancias sudamericanas y otras cuestiones referentes a todo el mundo. Yo, usualmente una persona animada y conversadora, permanecía sentado y callaba, escuchando e imaginándome que era otro individuo que el que soy y que me hallaba en un lugar totalmente diferente del globo terráqueo de aquél en que permanecía.

Durante la velada las flores perfumaban el ambiente y una lámpara rosada arrojaba un resplandor misterioso sobre las grandes hojas de los gomeros y las palmeras. Pero todo tiene ciertamente su fin y me despedí de los ancianos y de su encantadora hija, pensando en volver a verlos la próxima vez en algún lugar, en otros mundos.

Al día siguiente Doradillo fue vendido en remate con su “certificado” y sus riendas. Las demás cosas las llevé conmigo a Bahía Blanca.

Cuatro o cinco gauchos se presentaron como interesados, pero consideraron que “el documento con el certificado de legitimidad era falso”, lo que, en realidad, en modo alguno era así. Finalmente el caballo fue adquirido por una vieja mestiza en 27 marcos finlandeses. Si ella no hubiera pagado una suma tan grande, yo hubiera temido que el animal, unos instantes después, hubiera sido convertido en un sabroso asado. En algunos lugares

los caballos son efectivamente más caros, en otros se obtienen por una bagatela, uno a dos nacionales, lo que equivale de cinco a diez marcos finlandeses.

El sol nos bañaba nuevamente en forma abrazadora y sentí pesada mi cabeza, lo que hizo que decidiera echarme a dormir una siesta. Apenas había dormitado algunos minutos cuando me levanté de un salto, completamente aturdido. El problema se aclaró rápidamente. El hotel estaba unido con el teatro de Azul y una parte de las habitaciones se hallaban -con ingenio americano- bajo la primer fila de palcos. Unos días atrás había arribado aquí desde la capital un empresario con orquesta y elencos de ópera y ballet. Mi almohada se encontraba totalmente próxima al trombón y al bombo y el ensayo general comenzó, desafortunadamente, con una marcha espantosamente estruendosa. Puesto que las paredes, como ya hemos mencionado en una oportunidad, no son especialmente gruesas en esta tierra, se podrá entender lo ocurrido.

El sueño se había perdido en razón de las penurias musicales arriba señaladas, pero un dolor nervioso apareció, en cambio, sobre mis párpados. Decidí emplear mi tiempo en reunir información acerca del baile que prontamente se organizaría en casa de uno de los notables de la ciudad, como consecuencia de la presencia de la orquesta. Según la descripción que me hiciera un joven caballero de Azul -el señor Gorille- que almorzaba en el hotel, los bailes en Azul, cuando se tiene música a disposición, en modo alguno son inferiores a los de otros lugares en los que las gentes tienen buenos modales y entienden de “high life”. No se si aquí se bailaba la mazurca, pero tal vez se ofrecía una verdadera “katjutscha”...

BIBLIOGRAFÍA

- Don Anónimo (seudónimo de Georg von Alfthan) (1887): *En utflykt till antipoder. Strödda reseminnen*. Helsingfors, G. W. Edlunds Förlag.

- Nordisk Familjebokens Förlag A. B. (1904): *Nordisk Familjebok*, band. I, Stockholm.

- _____ (1923): *Nordisk Familjebok*, band. I, Stockholm.

- Förlaghuset Norden A. B. (1947): *Svensk Upplagsbok*, band. I, Malmö.

- Holger Schildts Förlag (1982): *Upplagsverket Finland*, vol. I, Helsingfors.